

Vallejo pidió al Monarca que sea valedor para convertir Cartagena en provincia

Don Juan Carlos aludió a los vínculos «de esta capital con la Corona»

José Monerri
CARTAGENA

El alcalde Antonio Vallejo pidió al Rey que fuera valedor «de una vieja e irrenunciable aspiración de gran parte de nuestro pueblo, como es el intentar hacer realidad la Provincia de Cartagena.» en el discurso pronunciado en el salón de plenos, donde don Juan Carlos I recibió el título de alcalde honorario de Cartagena.

Vallejo recordó los problemas que tiene planteados la ciudad, como la contaminación, reconversiones industriales, la realidad del campo y el paro. «Ciertamente hemos avanzado desde entonces hacia más altas cotas de bienestar social, pero aún quedan importantes asuntos por resolver, y a ello vamos sobreponiéndonos en lucha constante por la empresa común de una Cartagena más próspera y confortable para la que estamos forjando, con realidades ya, un futuro lleno de esperanzas.» También Vallejo rememoró que «ante miles de ciudadanos se os expresó en aquél entonces, como hoy, que estamos orgullosos de ser cartageneros y de luchar por conseguir que esta Ciudad, que esta Comarca, dentro de la más grande solidaridad de toda la Región, obtenga, como camino para solucionar buena parte de nuestros problemas, la descentralización administrativa y la total identidad del pueblo con el lugar donde vive.» Asimismo manifestó: «hoy, que sois Alcalde Honorario de Cartagena, os trasladamos, junto al sentimiento de un pueblo y el entrañable cariño por nuestra tierra, la proclamación de la solidaridad con todos los pueblos de nuestra Región y de España entera, única e indivisible.»

Palabras del Rey

Por su parte, don Juan Carlos, en su



El Rey recibió el bastón de mando de manos del alcalde cartagenero.

J. M. RODRIGUEZ

respuesta dijo, entre otras cosas, que «esta distinción estrecha y profundiza aún más, si cabe, los vínculos que unen históricamente a esta capital con la Corona y proyecta un diálogo fecundo y abierto hacia el futuro. Hace muchos años mi abuelo, Alfonso XIII, en momentos muy tristes, dejó aquí, entre vosotros, su corazón español, que permaneció vivo siempre en sus sentimientos esenciales. Yo prolongo con la emoción de su recuerdo su inalterable fidelidad a España y a Cartagena.» Asimismo dijo que «los cartageneros conformais hoy y aquí la vía hacia la modernidad europea. Esa lucha de supera-

ción que manteneis día a día, en las minas, en las industrias, en las huertas y en vuestro activísimo litoral, están exigiendo la máxima colaboración de todos y, por ello, desearía que este título que hoy recibo, supusiera para mí el compromiso personal de interesarme también día a día, por el engrandecimiento de este pueblo de Cartagena y colaborar a este fin. Consideradme uno más en esta tarea, porque estoy convencido, como todos cuantos os conocen, de que lo que es bueno para Cartagena lo es también para España.» Tras los discursos, los Reyes recibieron diversos obsequios de la Corporación y de la Cofradía Californiana.

¿Don Juan Carlos cantonal?

García Martínez

DON Juan Carlos recibió ayer el título —y también el bastón, ya sería hora— que lo acredita como Alcalde honorario de los cartageneros. Ya sé que, al igual que Vallejo, ha de serlo de todos los vecinos del municipio, pero tampoco puede olvidarse que el actual gobierno municipal lo manejan los cantonales. Si acaso decidiéramos, por lo dicho, que el Rey es cantonal, no me extrañaría que Antonte regresara de la tumba para rendirle sus respetos. Y eso aun cuando los cantonales de ahora sólo son como los de antiguamente, digamos que de aquella manera.

Se acepte o no la sugerencia, lo que no se puede negar que el Rey está al cabo de la calle en lo que se refiere al contencioso cartagenero-murciano. El pasado día 31, festividad de San Fernando, en la Zarzuela, el Monarca le gastó una broma al presidente Collado. Le preguntó:

—Supongo que irás el día 12 a Cartagena.

—¡Pues, claro, Majestad! —respondió, con cierto asombro, Collado.

Y entonces el Rey —no quiero hacer una transcripción literal por si me equivoco en algo— le vino a decir, riendo, que no tan claro, teniendo en cuenta que cartageneros y murcianos...

Por eso no me extrañaría nada que, conocedor de los retintines en liza, al Monarca le pasara ayer por la cabeza la idea de haber quedado convertido, bien que honorariamente, en alcalde del cantón. Lo que, quieras que no, es un dato curioso —y a mí me parece que benéfico— para la historia de esta Región. En lo que no tenemos tanta suerte es en lo tocante al bastón. Al llegar al hemiciclo, el Rey lo había puesto sobre la mesa. Y, al intentar retirarlo, la mala fortuna hizo que la pulimentada madera tropezase con el codo de doña Sofía. Menos mal que la Reina, que para eso es reina, supo encajar el golpe con una sonrisa

CRONICAS MURCIANAS

Cuando al Rey le pinchan por la espalda

García Martínez

LOS señores diputados de la Asamblea Regional cumplieron ayer el justo castigo de permanecer en pie y callados mucho tiempo antes de que los Reyes accedieran al hemiciclo. Se conoce que alguien se puso nervioso y, cuando todavía Sus Majestades estaban bajando del vehículo oficial —en el que, por cierto, se había colado una señora para charlar con la Reina—, dijo aquello de: «En pie». De manera que, mientras doña Sofía prestaba oídos a su inesperada visitante, el personal parlamentario, ataviado para la ocasión y sin poder fumar, aguantaba en posición de firmes. Me parece bien que pasaran por esta penitencia, en pago a las veces que, por su culpa, no hubo quorum suficiente para celebrar alguna sesión.

La estilográfica real

Por fin llegaron los Monarcas al estrado presidencial. Y, como dudase el Rey, indicábale la Reina que ocupara el sillón principal. Enseguida se vio que don Juan Carlos hacía tiempo para que llegase el presidente Miguel Navarro, a quien pretendió cederle —sin conseguirlo— el asiento prefe-

rente. El detalle, tan cortés, no pasó desapercibido, y provocó la sonrisa de la concurrencia. El presidente dijo en su discurso lo que tenía que decir, y otro tanto hizo el Rey, que se presentó con una corbata de franjas moradas, a tono con los cordones de la medalla procesionaria que recibió poco antes en el ayuntamiento cartagenero. Mientras hablaba Navarro, don Juan Carlos tomó los folios de su propio discurso, consultó algo con don Sabino —que se encontraba justo detrás—, sacó la estilográfica y tachó, o subrayó o recuadró, que eso nunca lo sabremos, ya que, al terminar, tuvo el Rey buen cuidado de no dejar los papeles sobre la mesa.

Relajación en el patio

A partir de ese instante —y ya estampadas las reales firmas en el libro de oro de la Asamblea—, el protocolo, tan estricto hasta ese momento, se relajó enormemente. Los invitados ocuparon el que se llama Patio de los Ayuntamientos, y rodearon a los Reyes sin que nada ni nadie impidiera una relación de lo más natural. Tanto que, mientras don Juan Carlos hablaba de periódicos

con los representantes de la prensa local, dijo: «Perdonad un momento, que quiero atender a una señora que me está pinchando en la espalda con el dedo». Quiere decirse que, en esta Monarquía de ahora, ya las damas pueden permitirse pincharle al Rey. Y para qué decir si se trata del Príncipe, a quien, en la verbena que se celebró en la Academia General del Aire con motivo de la entrega del despacho de teniente, una chica se permitió darle un pellizco.

Ojo al canapé

Al Monarca se le nota más que acostumbrado a los gajes de su real oficio. A estas alturas, ya nada le sorprende. Y es tanta su habilidad en el trato social que, cuando pasaban los camareros con las bandejas, alargaba el brazo casi sin mirar y siempre conseguía exactamente el canapé que andaba buscando. Que no es don Juan Carlos de los que, si la recepción incluye cóctel, se hace el finolis despreciando el bocado. Su Majestad participa a tope, lo mismo estrechando manos, que dando conversación, que aguantando rollos, que agarrando

casi por los pelos una tira de mojama, delicadeza gastronómica de su predilección, contrariamente a lo que le ocurre el Príncipe, que, referente a las cosas de Murcia, prefiere el arroz y conejo.

Con perdón

Veo al Rey —ahora y hace unos días en la Zarzuela— muy distendido y dicharachero. No tiene empacho ninguno en apoyar su mano en tu brazo e incluso aderezar la conversación con un pequeño taco de los llamados veniales, como cuando dijo: «Eso, ni de coña», en respuesta a una solicitud del cronista para que le permitiera trasladar al periódico una conversación que tenía carácter de confidencial.

Estamos, pues, ante unos Reyes —y en lo que digo no hay coba— cuya grandeza consiste en hacerse pequeños: una real pareja tan moderna que no me sorprendería nada que hasta les molestase —es sólo una impresión personal— salir todos los días en ese recuadrado tan antiguo que, bajo el título de *Casa Real*, publica el que dicen monárquico *Abc*.